

Deliberación pública y tertulias: algunas reflexiones críticas

Elena San José Alonso

Politóloga

E-mail: elenasanjosea@gmail.com

Recibido: 28 de abril de 2020

Aceptado: 3 de junio de 2020

RESUMEN: Las tertulias han jugado un papel central en la vida social y el desarrollo democrático de las sociedades y, desde esa centralidad, han construido un retrato bastante fiel del clima político de cada momento histórico: las cuestiones latentes de fondo, las distintas fuerzas en disputa, los anhelos de progreso. Este tipo de conversación informal, ya institucionalizada, ha sobrevivido a los cambios de época y ha sabido adaptarse a las transformaciones estructurales de las sociedades en las que se inserta; pero esa adaptación ha venido acompañada de cambios en la propia naturaleza de la tertulia que no siempre han jugado a su favor. En este artículo exploramos algunos de esos elementos y analizamos su relación con el tipo de ciudadanía que estas reuniones contribuyen a construir.

PALABRAS CLAVE: deliberación; tertulia; ciudadanía; comunicación; debate público; opinión política; democracia.

Public Deliberation and Talking Shops: Some Critical Thoughts

ABSTRACT: Talking shops have played a major role in social and democratic life of societies and, from that position, they have always faithfully portrayed the essence of every political period: the underlying issues, the forces in dispute, the longing for progress. This kind of informal but institutionalized conversation has survived changes over time and successfully adapted to the structural transformations of society. However, that adjustment has been accompanied by some important changes in the very nature of these gatherings –now usually talk shows– that are not very constructive. Throughout this article, we will address some of these elements and we will explore their relationship with the kind of citizenship they contribute to build.

KEYWORDS: deliberation; talking shops; citizenship; communication; public debate; political opinion; democracy.

1. Introducción

Hablar del ser humano es hablar de las palabras. De las pensadas, de las compartidas y también de aquellas que nunca serán dichas. Su relación con el ser humano es tal que ambos se necesitan mutuamente para existir, y así lo refleja, de forma condensada, el término *logos*. Este vocablo de origen griego comprende al mismo tiempo el pensamiento razonado, esencia última del ser humano, y el discurso por el que el individuo logra aprehenderlo; como la arista en la que confluyen dos planos de un mismo elemento. La palabra nos humaniza, literalmente.

Accedemos pues a la realidad a través del lenguaje; sin embargo, cabe preguntarse si existe una realidad *previa* al aterrizaje del acto comunicativo que le da sentido. Es una constante en la Historia: controlar el lenguaje es controlar la realidad, materializarla, deformarla. El dominio del verbo nos permite gobernar el resto de las esferas de la vida, por eso adquiere tanta relevancia en el desarrollo de las relaciones sociales.

Este nexo indisociable entre palabra y poder es evidente en contextos políticos dictatoriales; pero se vuelve incluso más notorio en los sistemas en los que el

ciudadano participa políticamente en los procesos de toma de decisiones. Las libertades públicas sobre las que se construyen las democracias convierten *de facto* la capacidad de persuasión en la protagonista indiscutible: triunfa el que consigue convencer a los demás de que su posición es la más conveniente, pues es la opinión, la *doxa*, la que en última instancia guía la acción política. Así, no solo se vuelve esencial la palabra, en abstracto, sino muy concretamente la comunicación, el diálogo que, cuando se produce en determinadas circunstancias, pasa a constituir lo que llamamos *deliberación pública*, elemento consustancial a la democracia.

Dentro de la esfera pública, hay distintas formas y espacios de deliberación, que van variando en función de sus participantes, de la cuestión objeto del debate o de la finalidad de la propia discusión. En este artículo vamos a centrarnos en la tertulia, un tipo de conversación informal pero bastante institucionalizada que, a pesar de su aparente espontaneidad, o precisamente por ella, ha servido de termómetro del clima político y social de todas las épocas en las que ha estado presente, que son muchas y muy diversas.

2. Las tertulias como espacios de socialización históricos

Las experiencias y prácticas humanas están inevitablemente ligadas a tiempos y espacios concretos que las hacen posibles o las dotan de sentido. A ese respecto, la aparición de las tertulias no podría entenderse sin sus inmediatas predecesoras: las academias y salones literarios de la Europa del siglo xvii. De origen italiano y francés respectivamente, se trataba de reuniones de poetas y hombres de letras convocadas por un o una noble que las hospedaba en su propio domicilio y en las que se conversaba sobre literatura y arte, como se adelanta en su propio nombre. En España se siguió este mismo modelo y las academias literarias pasaron a ocupar un papel central en la vida social y literaria del Siglo de Oro¹.

Sin embargo, más allá de la relevancia que pudieran tener en la producción artística de la época, eran espacios para la socialización y la conversación, primero de los círculos aristocráticos y después también de la burguesía. Y esos espacios fueron impregnándose de las corrientes de democrati-

zación que comenzaron a abrirse paso a lo largo de los siglos xviii y xix, convirtiéndose al tiempo en grandes impulsores de ese cambio. Las academias y los salones fueron dando paso a los cafés y las tertulias culturales, lugares de encuentro para la difusión de nuevas ideas y el debate sobre los asuntos públicos, formando –lo cultural y lo político– un tándem inseparable. La palabra se trasladaba a la calle porque la propia calle reclamaba su presencia, en un momento en el que la población comenzaba a multiplicarse y la vida social crecía a la misma velocidad. Así, por ejemplo, la Academia del Buen Gusto, fundada en 1749 y congregada en el palacete de la condesa de Lemos, dio lugar dos décadas después a la Tertulia de la Fonda de San Sebastián, en la que se reunirían algunos intelectuales próximos a las ideas de Rousseau y los ilustrados franceses, como Jovellanos o Francisco de Goya².

Con la España del Trienio Liberal las tertulias toman un nuevo impulso, que se extenderá hasta el siglo siguiente y terminará por institucionalizar del todo esta costumbre. La *Fontana de Oro* primero y el *Café Gijón* o el *Comercial* después, junto con el *Café de Fornos*, son algunos de los lugares emble-

¹ J. MARTÍN, “Cafés con tertulia en Madrid”, *Revista Historia España y Mundo*. Grupo Planeta, Barcelona 2011.

² *Ibid.*

máticos del Madrid ávido de cultura y de progreso. En su vertiente más feminista, destacarían los *Miércoles de Colombine*, instaurados por Carmen de Burgos en 1907, y los *Versos con faldas*, un oasis poético fundado por Gloria Fuertes en plena dictadura como respuesta al ninguneo de las mujeres en las tertulias frecuentadas por hombres. Así, en palabras de Francisco Umbral, la gente se reunía en los cafés “buscando otra temperatura física y moral”; aquella que faltaba en los hogares³.

De este modo, las tertulias y la progresiva extensión de la prensa crearon el caldo de cultivo necesario para la formación de un espacio de deliberación pública que traspasara los intereses individuales y permitiera el salto del burgués al ciudadano pleno, pues no hay democracia sin un *demos* que asuma su función cívica⁴. Y, al tiempo que se institucionalizaba el rol del ciudadano activo en la vida pública, se iría consolidando también el papel del intelectual comprometido con su tiempo, que se convertiría en una suerte de guía de la acción política. En ese sentido, el hito que marcó un antes

y un después fue el *Affaire Dreyfus*, el célebre caso de antisemitismo en el ejército francés de finales del siglo XIX que fue revelado por el escritor Émile Zola en un durísimo artículo titulado *J'accuse* ('Yo acuso'). Su denuncia no solo tuvo una gran repercusión en la sociedad francesa, sino que trascendió las fronteras y se ha acabado erigiendo en un símbolo, entre otras cosas, de la responsabilidad social del intelectual, al que se le presume una sensibilidad especial para percibir el fondo de las cuestiones y cierto atrevimiento provocador para invitar a la reflexión y la acción.

A lo largo del siglo XX y sobre todo con el restablecimiento de la democracia a finales de los años 70, se producen algunos cambios estructurales que van a verse reflejados en las tertulias. Los más importantes: la democratización de la política y la educación y la extensión de la radio y la televisión. Esta expansión conllevará la formación de un espacio de discusión paralelo al de la calle y el Parlamento que irá quitándoles protagonismo en favor de los medios hasta convertirse –estos últimos– en las máquinas de creación de opinión que conocemos hoy. Pero no siempre fueron así.

A diferencia de las tertulias que premeditada o espontáneamente

³ A. MARCOS, “El escondite de la palabra”, *El País* (9-05-2012).

⁴ F. VALLESPÍN, “La crisis del espacio público”, *Revista Española de Ciencia Política* 3 (2000), 77-95.

surgen en lugares casi pensados para ello (cafés, librerías, universidades...), las que se organizan en los medios de comunicación tienen una particularidad fundamental: los verdaderos protagonistas –oyentes y espectadores– no están presentes. Son tertulias pensadas para ser vistas o escuchadas, se proyectan hacia un afuera que no se ve pero que condiciona todo y que además está compuesto por un público muy heterogéneo. Aparece así una nueva función de las tertulias que no se había manifestado antes: la divulgación. *La trastienda* de la Cadena Ser y *La clave*, primero de TVE y después de Antena 3, fueron los primeros programas de radio y televisión respectivamente que adoptaron este nuevo formato que, como la España que comenzaba a abrirse paso, también abría sus espacios a la deliberación.

Estas tertulias, de gran pluralidad temática y expresiva, servían de complemento perfecto del género informativo. Eran entretenidas, pero también didácticas y reflexivas, y no renunciaban al valor de la palabra y del diálogo como mecanismos civilizadores. Así, por ejemplo, *La clave*, presentada por José Luis Balbín y creada a imitación del programa francés *Les dossiers de l'écran*, tenía una duración aproximada

de cuatro horas, divididas en dos partes: en la primera, se proyectaba una película relacionada con el tema objeto de debate; y, en la segunda, los invitados, elegidos previamente por el interés que su mirada pudiera tener sobre la temática del día, conversaban sobre la cuestión propuesta⁵. Bajo este formato se habló de temas tan diversos como la muerte de Lorca, el juego, la brujería, el Opus Dei, la educación o la guerra atómica. Y también la Cultura se hizo su lugar gracias a programas como *Encuentros con las letras* y *A fondo*, por los que pasaron personalidades tan destacadas como Octavio Paz, Salvador Dalí o Mario Benedetti⁶. Era una televisión que recogía el mejor legado de las tertulias literarias –aunque con una abrumadora ausencia femenina– y se servía de los avances tecnológicos para llevarlo a todos los hogares. Pero poco a poco se ha ido transformando en otra cosa.

⁵ M. PALACIO; C. CILLER, “La clave de TVE, un programa de debate en la historia de la televisión en España (1976-1985)”, *Estudios sobre el Mensaje Periodístico* 20 (2014), 227-241.

⁶ F. R. PASTORIZA, “La literatura en los programas culturales de la transición: una cierta Edad de Plata”. En: *Televisión y literatura en la España de la transición (1973-1982)*. Universidad Complutense de Madrid, Madrid 2010, 25-51.

3. La tertulia política hoy

La imagen ha abierto todo un campo de posibilidades dentro de la comunicación, pero el instrumento ha acabado tomando el control sobre el fin y, en lugar de servir de complemento, lo audiovisual ha acabado reemplazando a la palabra y todo el universo que la rodea. Así, de la misma forma que las tertulias de los siglos XVIII y XIX ayudaron a consolidar el paso del burgués al ciudadano, las tertulias televisadas del siglo XXI –junto con la llegada arrasadora de Internet– han contribuido a transformar nuevamente la relación entre la política y la ciudadanía, a dar el paso “del *homo sapiens*, fruto de la cultura escrita, al *homo videns*, resultado del imperio de la imagen”⁷.

Como consecuencia, los círculos de discusión literaria y los de discusión política hoy no convergen tan fácilmente en los mismos espacios. Los primeros siguen produciéndose en los lugares de siempre, con especial impulso de las librerías, que siguen acogiendo lo político como parte inseparable de lo cultural. Pero las tertulias políticas por excelencia, aquellas que marcan hoy la vida pública de for-

ma notoria, son las radiofónicas y, sobre todo, las televisadas, en las que la cultura no ha encontrado tan buen asiento.

El modelo actual de tertulia en España responde en gran medida a dos momentos casi simultáneos que han marcado profundamente la actividad política y mediática: la crisis económica de 2008 y el surgimiento del Movimiento 15M en 2011; este último como consecuencia parcial del primero. El principal efecto ha sido, sin duda, la repolitización de la ciudadanía. La política ha vuelto a inundar las conversaciones cotidianas y las televisiones han respondido alimentando ese interés a través de las tertulias (*Al rojo vivo*, *La sexta noche*, *Espejo público*, *El programa de Ana Rosa*, *Los desayunos de TVE*, *El gato al agua*, *El cascabel*, *Las mañanas de Cuatro*, ...): programas de bajo coste y alto rendimiento, idóneos para la situación económica de poscrisis. Pero, además, se produce una particularidad fundamental, y es que dos de los principales líderes políticos del momento, Albert Rivera y Pablo Iglesias, no tienen todavía representación en el Parlamento estatal, por lo que la única forma de personarse en el debate público es a través de los medios de comunicación, sin los que ha-

⁷ G. SARTORI, *Homo videns. La sociedad teledirigida*. Taurus 1998.

bría sido imposible su impulso⁸. Son, en cierto modo, un producto de la televisión, con la que establecen una relación mutuamente beneficiosa.

Todo ello, acompañado de la fuerza con que se imponen las imágenes, ha producido un desplazamiento del centro de la vida pública del Parlamento y los partidos a la televisión: la política no solo se narra en los platós, sino que se desarrolla *dentro* de ellos. Los ciudadanos militan en los medios más que en los partidos y los propios políticos han tenido que adaptar el lenguaje y las formas a la lógica televisiva⁹; con consecuencias tanto para el debate público como para el ejercicio de la política.

Uno de los elementos definitorios de esta reformulación de la tertulia es el papel que juega lo novedoso. La convergencia de la noticia y la novedad en el término inglés *news* y el francés *nouvelle* es elocuente al respecto. No hay un debate sosegado sobre las cuestiones de fondo, que cambian más lentamente de lo que parece;

se impone el ritmo de la novedad, aquello que cambia y rompe, aunque sea meramente anecdótico. En ese sentido, las tertulias no son un reflejo de la realidad, sino solo de la realidad 'noticiable', aquella que consigue retener la atención¹⁰.

Ese es el segundo factor fundamental: la competencia por la atención, el bien máspreciado en una sociedad que está sobrecargada de estímulos y fragmentada en términos de deliberación pública, pues no hay un gran debate nacional, sino muchos circuitos de discusión paralelos, una situación favorecida por la entrada de las redes sociales. En relación con esto, Belén García, directora de *Espejo público* y antigua subdirectora de *La noria*, reconocía lo siguiente:

“Para lograr audiencia son necesarias la confrontación, la distancia ideológica, la crispación. Una buena tertulia, en términos de *share*, requiere que el tertuliano sea en sí mismo un personaje reconocible, identificable, y que la bronca, de una manera u otra, retrate el maniqueísmo de las dos Españas, de los dos bandos”¹¹.

De nuevo, comprobamos que el protagonista real ya no es el ter-

⁸ El programa de tertulias creado y presentado por el propio Pablo Iglesias –*La Tuerka*– también es una buena muestra de la importancia de este formato en la difusión del contenido político.

⁹ A. CASTRO-RIPOLLÉS; P. LÓPEZ-RABADÁN (eds.), *Periodistas y políticos en España*, UOC, Barcelona 2016.

¹⁰ F. VALLESPÍN, *art. cit.*, 84-85.

¹¹ R. AMÓN, “Yo, tertuliano”. *El País* (25 de noviembre de 2015).

tuliano, sino el espectador. Pero el objetivo aquí no es la divulgación, sino obtener un buen porcentaje de audiencia. Para lograrlo, se recurre a la teatralización de la tertulia: se exageran las posturas deliberadamente y los participantes se convierten en una caricatura hiperbólica de sí mismos. El efectismo prevalece sobre la argumentación; los hechos y las opiniones se entremezclan; “hay una confusión entre lo público y lo privado y la distinción entre la información y el entretenimiento cada vez es más borrosa, dando lugar a un género híbrido conocido como *infoentretenimiento* político o *politainment*”¹². En definitiva, se pervierte el sentido de la conversación y se renuncia a la búsqueda honesta de la verdad; una abdicación que, como veremos a continuación, no solo es resultado de las dinámicas de la televisión (¿el continente hace al contenido?), sino que también es síntoma del desánimo colectivo en el que nos ha sumido la sociedad de consumo.

4. El triunfo del escepticismo

El estado anímico en el que se encuentra una sociedad determina los límites en los que se desarrolla

la acción, las posibilidades –o no– de progreso que se configuran en el horizonte. Porque todo proyecto humano tiene algo de profecía autocumplida, requiere ser imaginado previamente como algo verosímil, factible. Y la verosimilitud es un concepto construido; sus fronteras varían con el tiempo.

El fracaso de las grandes utopías y la instauración del neoliberalismo como sistema hegemónico a nivel global han traído consigo la pérdida de fe en los proyectos transformadores. Ningún sistema económico es solo económico; se sostiene sobre un sistema emocional y de pensamiento que le da coherencia y le permite perdurar en el tiempo, pues no es sino la materialización de una cosmovisión más amplia. En ese sentido, el consumismo neoliberal se mantiene sobre una base de euforia individual y desánimo colectivo. Y ese derrotismo se traduce en el abandono de las empresas comunes, entre las que sin duda se encuentra la deliberación pública. No hay diálogo posible desde la renuncia a lo común, desde la desconfianza hacia los demás.

En el ámbito que nos ocupa, esa pérdida de fe se manifiesta en distintas direcciones. Por un lado, se ha perdido la esperanza en la política como mecanismo de resolución de los conflictos. La ciu-

¹² A. CASTRO-RIPOLLÉS – P. LÓPEZ-RABADÁN, *op. cit.*, 119-120.

dadanía consume más contenido político que nunca, pero la política padece un descrédito absoluto¹³. Así, aunque las tertulias consiguen grandes cuotas de audiencia, paradójicamente, no logran aumentar el reconocimiento de la labor pública. Quizá, precisamente, porque la relación se desarrolla en términos de consumo y no de participación. No se apela a esa emoción movilizadora que nos proviene de la apatía, sino que se nos interpela desde lo visceral, como bien reflejaban las declaraciones de Belén García arriba citadas.

Por otro lado, se ha perdido la fe en la razón como instrumento de búsqueda de la verdad y el entendimiento, que es como decir que se ha perdido la fe en aquello que nos hace humanos. Y esto se observa muy claramente en dos dimensiones interrelacionadas. La primera, la de los hechos. Lo que llamamos *posverdad* no es más que un síntoma de la pérdida de confianza en la propia realidad, que ya no es percibida como obje-

tiva. Ciertamente, la realidad está compuesta por algo más que los hechos y difícilmente puede ser objetivo aquello a lo que accedemos a través del lenguaje (pues las palabras nunca son asépticas del todo); pero sí debe partirse de una base factual compartida por todos. Es imposible tener un intercambio honesto de pareceres cuando las interpretaciones se construyen sobre una realidad elegida a la carta.

En ese sentido, más que hablar de *posverdad*, término que acepta implícitamente la existencia de un momento posterior a la verdad, o de algo que la trasciende; parece más útil hablar de lo que se esconde detrás: “la información manipulada o no contrastada, o aquella que, perteneciendo al ámbito privado de una persona, se utiliza para desacreditar su actividad en la vida pública”¹⁴, algo muy característico del *politainment*. A este respecto, a pesar de que las redes sociales facilitan enormemente la difusión de bulos, algunos expertos alertan del protagonismo de los medios convencionales –como la televisión–, que son los que ver-

¹³ El Movimiento 15-M se rebela contra este abandono, pero el estado de apatía política dominante desde los años 90 persiste como uno de los elementos definitorios del *statu quo*. En consecuencia, ambas formas de relacionarse con la política coexisten en la actualidad, produciendo paradojas como la que venimos de señalar.

¹⁴ L. TERUEL RODRÍGUEZ, “Proteger la libertad de expresión, regular la ‘disinformation’”, *Agenda Pública* (2 de octubre de 2018).

daderamente logran llegar a una “audiencia significativa”¹⁵.

La otra gran dimensión es la de la argumentación. La deliberación se convierte en disputa cuando no hay una búsqueda honesta de la verdad. Si la razón ya no goza de autoridad, es imposible que triunfe el mejor argumento. Nuevamente, es difícil dirimir objetivamente cuál es el mejor razonamiento, pues entran en cuestión valores y consideraciones previas; pero precisamente para eso se delibera: el diálogo debe ser algo más que varios monólogos yuxtapuestos, la conversación debe evolucionar hasta llegar a la conclusión.

La pérdida de autoridad de la razón conlleva necesariamente la pérdida de influencia del intelectual que, en muchos casos, también se ha dejado llevar por la indiferencia y ha renunciado a su función social tradicional. Así, frente a su participación histórica en el debate público, hoy es frecuente encontrarse en las tertulias políticas a otros protagonistas, entre los que cabe destacar tres prototipos: el primero es el del político-tertuliano, cuyo objetivo principal es colocar un mensaje electoral, no conversar. Como

mencionábamos en el epígrafe anterior, el momento post-15M ha supuesto un cambio sustancial a este nivel. El segundo modelo sería el del periodista-tertuliano, que es sin duda el más frecuente. Se trata de periodistas que ya dirigen su propio medio o colaboran asiduamente en uno, por lo que no hay gran variedad de voces entre la prensa y el audiovisual. A pesar de ser generalistas, sus reflexiones suelen carecer de la profundidad que caracteriza las de los intelectuales, y su participación es habitual, independientemente del tema que se trate.

Finalmente, estaría la figura del técnico experto, frecuentemente de alguna rama social, como la ciencia política o el derecho. Con la creciente complejidad de la política y la sensación generalizada de que se pueden aplicar soluciones técnicas a los problemas sociales (otro síntoma de la pérdida de fe en la política), su participación ha ido aumentando, en detrimento de la del intelectual tradicional. A diferencia de los últimos, “los expertos no marcan la agenda pública, solo reaccionan ante los sucesos que previamente se han introducido en ella”; y sus aportaciones son siempre parciales, centradas en la rama en la que se han espe-

¹⁵ AGENDA PÚBLICA, “Necesitamos algoritmos que privilegien la calidad” (10 de julio de 2019).

cializado¹⁶. Es una consecuencia lógica de la paulatina fragmentación del conocimiento en compartimentos estancos; y sin duda se adaptan mejor a las exigencias del análisis del día a día, que requieren una inmediatez inviable en las reflexiones lentas y universales del intelectual al uso. El mundo de las letras y la sociedad civil son los grandes ausentes.

5. Epílogo: la vuelta a los clásicos

Si la democracia es el gobierno de la opinión, debemos ocuparnos de cómo se forma pues, en última instancia, esa opinión determina algo más importante: la voluntad, la dirección en la acción. Y esta puede construirse sobre la agregación de muchas opiniones individuales o sobre una gran deliberación en la que triunfen las mejores ideas. Aun con todas las dificultades que esto conlleva, el horizonte utópico de la tertulia se inserta en este segundo escenario, a pesar de que en los últimos tiempos ha tendido a colocarse dentro del primero, si-

¹⁶ M. DULLER ET AL. "Scholars as European public intellectuals? Media interventions in the 2014 European Parliament election campaign", *European Societies* 20/2 (2018), 322-353.

guiendo el modelo estadístico de la encuesta.

El dilema sobre cómo ha de conducirse la deliberación pública no es nuevo. La democracia es un invento antiguo y también lo es su relación con las palabras. Platón y Aristóteles ya se preguntaron por el papel de la argumentación, las emociones y la verdad dentro del discurso, y lo condensaron en la confrontación retórica *vs.* dialéctica, que parece pertinente retomar.

Las posiciones de ambos filósofos no son exactamente iguales, pero comparten algunas consideraciones relevantes. Frente a la retórica, en la que se usa la palabra para convencer a costa de utilizar cualquier medio (por ejemplo, la excitación de las pasiones); la dialéctica se presenta como un verdadero arte de la palabra, en el que la verdad juega el papel protagonista. En Platón aparecen claramente diferenciadas, pero su discípulo se esfuerza por configurar una retórica que se parezca, en la medida de lo posible, a la dialéctica, pues considera que ambas son "facultades de proporcionar razones"¹⁷.

Aristóteles considera que la deliberación debe producirse sobre aquellas cuestiones públicas

¹⁷ ARISTÓTELES, *Retórica*, Lib. I, 2.3, Gredos, Madrid 1990, 179.

que pueden resolverse de varios modos y cuyo destino depende de la acción humana¹⁸. Pero no solo eso: la persuasión sobre lo que es conveniente debe basarse en la racionalidad del propio discurso, dejando a un lado las cuestiones superficiales externas a él. La retórica se convierte en un arte paralelo a la dialéctica a través del compromiso ético¹⁹.

La dialéctica, por su parte, consiste en la búsqueda honesta de la verdad –nos dice Platón–. La verdad es comunicable y se llega a ella mediante el diálogo²⁰; que no es lo mismo que la disputa. La investigación es colectiva y dinámica, es un proceso vivo en el que se necesita un interlocutor; pero la verdad a la que se llega es impersonal y universal²¹.

Son planteamientos de hace más de 2000 años, pero reflejan a la perfección la problemática del debate público de hoy. Quizá no se pueda llegar a la verdad, pero la responsabilidad ética hacia ella debe guiar la conversación política, aunque sea como mera aspiración.

Decimos ‘te doy mi palabra’ cuando queremos sellar un compromiso y ese acto de entrega no es banal. Las palabras importan; establecen un pacto con la realidad que nombran y la tertulia bien entendida debe honrar ese pacto. Esa es la tarea pendiente: poner los medios al servicio de la deliberación y contribuir a restaurar la fe en la razón y en la política. Pues eso es, en definitiva, lo que nos convierte en ciudadanos: la palabra compartida y el progreso común. ■

¹⁸ *Ibid.*, Lib. I, 4.1, 183-199.

¹⁹ A. LÓPEZ EIRE, “Entre la dialéctica y la política”, *Habis* 30 (1999), 87-110.

²⁰ P. D. AZCÁRATE, “Platón, Fedro o de la belleza”, *Obras completas de Platón*, Madrid 1871, 261-349.

²¹ T. PADILLA LONGORIA, “La filosofía como diálogo”, *La lámpara de Diógenes* 14 (2007), 7-25.